

# Barcelona contemporánea: el ocaso de un modelo

## Contemporary Barcelona: the decline of a model

Recibido: 10 de mayo de 2012. Aceptado: 24 de agosto de 2012

Antonio Pizza

Universidad Politécnica de  
Cataluña, España

✉antonio.pizza@upc.edu

Arquitecto, Instituto Universitario de  
Arquitectura de Venecia, Italia. Doctorado  
de la Escuela Técnica Superior de  
Arquitectura de Barcelona, Universidad  
Politécnica de Cataluña, España, donde  
actualmente es profesor. Su investigación  
se centra en la modernidad en la  
arquitectura española y catalana.

Artículo de opinión publicado anteriormente  
en italiano: Pizza, Antonio. "Barcellona  
contemporanea: L'estinguersi di un modelo".  
En *La civiltà dei superluoghi*, editado por  
Matteo Angoletto et ál., 144-177. Bologna:  
Damiani, 2007.

Traducción: Mauricio Uribe González.

### Resumen

Barcelona es una ciudad que, a partir de la democratización del espacio público en la segunda mitad de la década de los setenta, se desarrolló con una marcada intención de equilibrar lo público y lo privado. Los esfuerzos de la municipalidad se volcaron hacia la planificación y recuperación de áreas degradadas y la construcción de estructuras nuevas para el bien común. Sin embargo, desde el 2007 se han evidenciado fenómenos que destacan problemáticas urbanas, en que los intereses públicos ceden a las iniciativas de inversión privada. Nuevas prioridades mercantiles, junto con turismo e inmigración desbordantes, ha conducido a una "expropiación" de la ciudad a sus habitantes.

**Palabras clave:** Barcelona, espacio público, urbanismo socialdemócrata, intereses privados, transformación urbana.

### Abstract

Barcelona is a city, which through the democratization of public space in the second half of the seventies, developed with a noticeable intention of balancing the public and private. The municipalities' efforts were focused towards the planification and regeneration of dilapidated spaces and the construction of new structures for public benefit. However, since 2007 new phenomena have come to light that emphasise urban problems in which public interests become less important than private investment initiatives. New market priorities, together with tourism and myriad immigration have caused an "expropriation" of the city from its inhabitants.

**Keywords:** Barcelona, public space, socio-democratic urbanism, private interests, urban transformation.

Dentro de las dinámicas actuales de transformación de la mayor parte de los centros habitados —de pequeña y de gran escala—, algunas ciudades poseen un rol protagónico debido a la concentración de fenómenos en curso que hacen destacar las problemáticas urbanas, posiblemente más decantado que en otras circunstancias. Es innegable que se asiste a una redefinición, no solo física, del ambiente construido; así mismo, muchas de las identidades conceptuales anteriormente compartidas sufren un necesario proceso de revisión y de inaplazable actualización, de frente a la metamorfosis de la realidad.

Existen, con toda evidencia, algunas cuestiones particularmente imperiosas dentro de las evoluciones urbanas contemporáneas, sobre todo en relación con aquello que, a menudo cediendo a impulsos demagógicos, viene clasificado reductivamente como “espacio público”. En efecto, aunque es cierto que en la gestión del bien “ciudad”, hoy más que nunca una gran divergencia separa el ámbito de lo privado con el de lo público, es inevitable precisar que el carácter *público* de un lugar urbano, el hecho elemental de que todos los ciudadanos puedan resultar sus naturales destinatarios, no necesariamente hace factible una práctica existencial donde la interacción ciudadana se refleje en valores colectivos.

En este sentido, es indudable que en el tejido de una urbe nos encontramos con distintos eventos como plazas, jardines, paseos, además obviamente con edificios e infraestructuras, y nos damos cuenta de que no siempre, o cada día con mayor dificultad, logramos reconocer una sociabilidad *libre* que conlleve un intercambio creativo entre miembros de una comunidad solidaria.

Y todavía más cuando en estas propiedades se introduce hoy en día una actitud muy reiterada en la administración de las ciudades y, de manera particular, en el estudio de caso del cual nos ocuparemos brevemente en este artículo (aquel de la “premiada” Barcelona actual). Es de anotar, cuando nos encontramos ante varios episodios en los cuales el poder público a partir de condiciones preestablecidas cede a los privados la gestión de porciones de suelo edificables, cómo la explotación y el manejo de bienes municipales, destinados a toda la ciudadanía, son sometidos a una casuística de utilización que sin duda los envilece.

Si en la actualidad, en la economía urbana, sobresale indiscutiblemente la generalización de los intereses privados, nos ayudará en la claridad el análisis de cómo tal mercantilización se ha ramificado en todos los aspectos de la cotidianidad, incluyendo también aquellos que, por su naturaleza, parecerían ajenos a los intereses especulativos.

Al respecto, el caso de Barcelona puede considerarse, desde tantos puntos de vista, como ejemplar; de hecho, la reinstauración de la democracia en 1975 y el consiguiente crecimiento del poder (político y financiero) de las municipalidades españolas permitieron la puesta en

marcha de un importantísimo programa de reformas del espacio público, bien sea desde su construcción como desde las modalidades de su utilización.

A partir de 1980, el Ayuntamiento inauguró una serie de intervenciones, en el centro y en la periferia, identificables, además que por el promotor unitario, por el declarado intento de la municipalidad de “hacer ciudad”, comenzando precisamente desde el espacio público y no desde aquellas categorías funcionalistas que han orientado el destino de la disciplina en la segunda posguerra (vivienda, transporte e industria).

Privilegiando las potencialidades del proyecto arquitectónico frente a lo irrealizable de un urbanismo *teórico*, se prefirió una planificación “por fragmentos”, extendida a todo el territorio edificado, que focaliza las inversiones tanto en la recuperación de las áreas degradadas existentes como en la creación de estructuras completamente nuevas, cuyo objetivo principal era la de la recuperación (funcional, social y simbólica) de los asentamientos. Como bien se sabe, el principal inspirador de esta política —el arquitecto Oriol Bohigas— fue el jefe durante varios años (de 1980 a 1984) del recién nacido organismo municipal Servei de Projectes Urbans. Las líneas directrices de su programa han sido divulgadas en repetidas ocasiones y, respecto a lo más consolidado y teniendo en cuenta, por contraste, los desarrollos contemporáneos, conviene volver a evocar un aspecto calificativo de aquellas reivindicaciones:

No es que el Movimiento Moderno haya negado el espacio público como matriz de las actividades colectivas, sino que asignaba a cada espacio público un papel preseleccionado y exclusivo, negando las condiciones de interferencia y conflictividad de usos de partes urbanas fundamentales, como la calle y la plaza, espacios en los que sucede de todo, donde todo interactúa sin ninguna posibilidad de clasificación.<sup>1</sup>

1 Bohigas, *Reconstrucció de Barcelona*, 115.

Una postura, por consiguiente, que sobrepasa el superproyecto estereotipado, que renuncia, por principio, a una determinación artificiosa de las virtudes sociales mediante el unívoco recurso del lenguaje arquitectónico. No hay que dejar de lado, de ninguna manera, que esta política de ejecución se realizaba bajo un riguroso control público de las operaciones, sin perder de vista que la finalidad era satisfacer instancias colectivas compartidas, en especial aquellas relacionadas con la recuperación por parte de la ciudadanía de áreas urbanas que tradicionalmente estaban sujetas a irreparables procesos de degradación y abandono, para en cambio producir, gracias a intervenciones de saneamiento, polos de sociabilidad renovada.

Los resultados de esta infatigable actividad, que duró al menos unos quince años, han sido ampliamente registrados por los canales publicitarios internacionales, al recibir además diversos reconocimientos honoríficos. En efecto, en 1999, la ciudad de Barcelona recibió del Royal Institute of British Architects (RIBA) la medalla de oro, concedida

por primera vez a una entidad abstracta y no a una figura profesional. Pero no sería esta la única premiación: en realidad, en 1987, la ciudad había ya recibido un reconocimiento por parte de la Universidad de Harvard por el alto nivel alcanzado en el diseño urbano; mientras que en septiembre del 2002 lo obtuvo también en la Bienal de Arquitectura de Venecia.

Sin embargo, la medalla del RIBA llegó probablemente al cierre de un ciclo de sucesos, que constituyen, sin duda, un distinguido sello. No por casualidad, entre las motivaciones expuestas, se cita “el empeño activo desde una óptica urbanística”, en que se resalta “la combinación de espectaculares proyectos urbanos y el mejoramiento en pequeña escala de plazas y calles”.

La pregunta que surge, en este comienzo del 2007, es qué ha quedado de aquella experiencia extraordinaria promovida a partir de una sorprendente sinergia positiva entre política, cultura, arquitectura, urbanismo, uso democrático y vida asociativa. ¿Es posible encontrar elementos de continuidad en la actual política urbana que está transformando sensiblemente algunos territorios barceloneses, induciendo significativos cambios de ruta no solo en las propuestas, sino en la modalidad de uso de estas zonas? En verdad, desde el periodo posterior a la celebración de los juegos olímpicos de 1992, se asiste a un giro del anterior equilibrio entre público y privado, y se pasa a una fase en la que este último incrementa notablemente el propio peso decisional dentro de las lógicas de intervención en la ciudad.

En la actualidad no es en absoluto difícil establecer cómo el tan decantado *urbanismo del consenso*, de inspiración socialdemócrata y generador de admirables resultados en el diseño y en el goce del bien público, haya sido sustituido por una lógica urbanística cruelmente “liberal”. No por casualidad las estrategias conciliadoras frente a los contrastes entre administradores, profesionales y ciudadanos, que eran oportunamente limados y mediados entre las partes, son ahora reemplazadas por enfrentamientos y conflictos, y hasta fastidiosos. Si en el pasado se nos llamaba la atención hacia un positivo “modelo Barcelona”, de indiscutible referencia internacional, ahora uno de sus principales paradigmas operativos parece más bien el de la difusa ciudad norteamericana, que favorece de manera servil los previsible apetitos del capital inmobiliario.


Por otra parte, la importante afluencia turística y la presencia masiva de inmigrantes europeos y no europeos han modificado radicalmente las modalidades de uso de los espacios urbanos, especialmente en el centro histórico. Gracias al turismo, convertido de lejos en la principal fuente de ingresos de la ciudad, Barcelona es ahora incapaz de sustraerse a su triste destino de “parque temático”, en el cual se ofrecen subrepticamente elementos que no han pertenecido nunca a su cultura, mientras se la vende como un producto *homogeneizado*, a caravanas de visitantes que, para colmo de paradojas, vienen a buscar precisamente aquello que con su presencia están aniquilando.

Los organismos competentes, por su parte, apoyándose en una muy eficiente campaña publicitaria, han trivializado la idea de Barcelona como “ciudad de la calidad de vida”. Lástima que las enormes masas de turistas *low cost*, llegadas en los últimos años, hayan leído allí una invitación expresa de “licencia, anarquía comportamental, disipación...”. Tal invasión, descompuesta y desaliñada, apabulla precisamente la intangible “calidad de vida”, insoportable por sus desapegados habitantes y por excursionistas dispuestos a embriagarse con penosos sucedáneos.

Al tiempo que una desenfrenada economía de mercado invade en todos sus rincones la cotidianidad urbana, a su vez reivindicada por los lemas publicitarios de la municipalidad (¡“Barcelona es el mejor negocio del mundo”!), la “cultura” trata de dar una apariencia noble a las operaciones indiscutiblemente especulativas. Así, la participación de arquitectos de reconocido prestigio no logra del todo redimir algunas megaobras firmadas (L’Illa Diagonal, de Rafael Moneo y Manuel de Solá-Morales, 1986-1993; Complejo del Maremagnum, de Albert Viaplana-Helio Piñón y otros autores, 1990-1995; Complejo Heron City, de Juli Capella, 1999-2001), destinadas principalmente a actividades de diversión y de compras que, paralelamente a lo que sucede en otras conurbaciones del mundo, constelan el territorio metropolitano como verdaderas islas de semántica autógena.

Por otro lado, entre los eventos que han marcado la historia de esta ciudad, el Fórum 2004 (denominado Fórum de la Cultura y declarado como ulterior megasitio barcelonés) ha constituido el momento de institucionalización de una cierta cultura, utilizada como integradora social para difundir ideas más bien vagas, más allá de la aceptación de un genérico ecumenismo y de una infinita solidaridad, tanto interclasiista como interracial.

Se trata de una práctica cultural que ya, desde hace algún tiempo, se ha impuesto en el gobierno de la ciudad: heterodirigida, patrocinada, impersonal, hecha para favorecer las celebraciones masivas (como festivales, fiestas y eventos lúdicos de toda clase), y para producir acontecimientos que restituyan al espacio urbano (antiguo y moderno) el papel vistoso y encomiástico de un escenario cinematográfico. A esto se une inevitablemente la perceptible banalización de los espacios públicos y de sus arquitecturas de revista ligera; lugares que se convierten en inductores de comportamientos preprogramados, en los que se empieza a advertir una cierta voluntad de exclusión, segregación y rebuscada conflictividad. La presencia de la diversidad, hoy hostigada, vuelve en cambio el espacio vivible, como lugar de desarrollo de las interacciones sociales extemporáneas. Barcelona, por lo tanto, se está configurando como una ciudad “expropiada” a sus habitantes, y ello ha motivado una sensible desafección por los bienes colectivos en unos ciudadanos que, al contrario, hasta ahora habían mostrado un gran sentimiento de orgullo respecto a su clima existencial, en manifiesta sintonía con un diseño que había sabido valorizar sus aspiraciones de bienestar *público*.

Y mientras la globalización de las características urbanas invalida la posibilidad de una apropiación local del espacio, la ciudad de los “objetos singulares”, cuya engreída propaganda se exhibe en las más prestigiosas publicaciones a la moda, se confirma como el superficial escenario *artístico* de un urbanismo prevalentemente mercantil. 

## Bibliografía

Bohigas, Oriol. *Reconstrucció de Barcelona*. Barcelona: Edicions 62, 1985.